

Después de semejante conversación, la Jonquiere se metió precipitadamente en el lecho.

Los cerrojos rechinaron; abrieron una puerta, luego otra, y por último se presentó el gobernador.

— Vaya, caballero, dijo el gobernador á Gastón; ¿ os ha gustado el compañero ?

— Si, señor, tanto más cuanto que ya conocia al capitán la Jonquiere.

— Estáis diciéndome una cosa, respondió Mr. de Launay sonriendo, que aumenta mucho más mi falta. Pero, con todo, ya que os he hecho una oferta, no quiero retroceder. Os permitiré una visita todos los días, á la hora que gustéis. Fijadla: ¿ deseáis que sea por la mañana ó por la tarde ?

Gastón indeciso, no sabiendo que contestar, miró á la Jonquiere.

— Decid á las cinco de la tarde, dijo rápidamente y en voz baja el capitán al joven.

— Por la tarde, á las cinco, caballero, si no hay inconveniente, dijo Gastón.

— Entonces, ¿ á la misma hora que hoy ?

— Justamente.

— Está bien; se hará según deseáis, caballero.

Gastón y la Jonquiere cambiaron una mirada significativa, después de lo cual el primero fué conducido de nuevo á su habitación.

XXVII

La sentencia

Eran las seis y media, y por consiguiente ya muy de noche. El primer cuidado del caballero, al entrar en su habitación y desde el momento en que oyó cerrar su puerta, fué correr á la chimenea.

— ¡ Eh ! ¡ caballero ! gritó.

Dumesnil contestó que estaba en su puesto.

— Vengo de hacer mi visita.

— ¿ Y bien ?

— Que he hallado, si no un amigo, al menos un conocido.

— ¿ Un nuevo preso ?

— De la misma época que yo.

— ¿ Cómo se llama ?

— El capitán la Jonquiere.

— Esperad.

— ¿ Le conocéis ?

— Perfectamente.

— Entonces, hacedme el obsequio de decirme quién es.

— ¡ Oh ! un enemigo irreconciliable del regente.

— ¿Estáis seguro de ello?

— Segurísimo; como que formaba parte de nuestra conspiración, y se separó porque solo se trataba de un rapto y no de un asesinato.

— ¿Entonces, él estaba?...

— Por el asesinato.

— ¡Bueno será! murmuró Gastón; luego dijo en alta voz: ¿es persona de quien puede uno fiarse?

— Si es el mismo de que os hablaba, y que vivía en la calle de Bourdonnais, en el figón llamado de *Los Toneles de Amor*.

— Justamente, el mismo.

— Entonces, es hombre seguro.

— Tanto mejor, dijo Gastón; porque tiene entre sus manos la vida de cuatro valientes caballeros.

— De los cuales vos sois uno, ¿no es cierto? dijo Dumesnil.

— Os equivocáis, replicó Gastón, yo no me encuentro entre ellos, porque para mí todo ha concluido.

— ¡Cómo! ¿qué queréis decir?

— Quiero decir que estoy ya sentenciado.

— ¿A qué?

— A muerte.

Signióse un momento de silencio entre ambos interlocutores.

— ¡Es imposible! repuso el caballero Dumesnil.

— ¿Y por qué ha de ser imposible?

— Porque si no he comprendido mal, vuestro asunto está ligado con el nuestro.

— Es su consecuencia.

— Pues bien.....

— ¿Y qué?

— Que hallándose el nuestro en buen estado, el vuestro no debe ir peor.

— ¿Y quién os ha dicho que el vuestro se hallaba en buen estado?

— Escuchad, pues; para vos, mi querido vecino, para vos que habéis accedido á ser nuestro intermediario, no tenemos ya secretos.

— Os escucho, dijo Gastón.

— He aquí lo que la señorita de Launay me escribía ayer. Paseábase en compañía de Maison-Rouge, que según ya sabéis está prendado de ella, y del cual ambos nos burlamos, al paso que procuramos tenerle contento por lo útil que nos es; y como bajo el pretexto de sentirse indispuesta, pidió lo mismo que vos un médico, se le contestó que el de la Bastilla estaba á su disposición. Ahora bien; á consecuencia de esto, hemos penetrado profundamente el carácter de ese médico, que se llama Herment.

— Sin embargo, la señorita de Launay no esperaba sacar gran partido, porque el tal médico es un hombre tímido por naturaleza. Cuando entró en el jardín en donde la señorita se paseaba, le dió un consejo al aire libre, y le dijo: « ¡*Esperad!* » En boca de otro, semejante palabra nada habria signi-

ficado; pero en la de Herment, quería decir mucho. Por lo tanto, desde el momento en que se nos previene que esperemos, nada tampoco por vuestra parte tenéis que temer, pues que, según he dicho, nuestros dos negocios se enlazan intimamente.

— Contodo, repuso Gastón, á quien aquella palabra le parecia bastante vaga, la Jonquiere creía estar muy seguro de lo que decía.

En este momento, Pompadour comenzó á golpear con su palo de escoba.

— Dispensadme un instante, dijo Gastón á Dumesnil, pues el marqués me llama; acaso tenga alguna noticia que participarme.

El joven se dirigió hacia el agujero que ya estaba practicable.

— Caballero, gritó Pompadour, haced el favor de preguntar á Dumesnil, si sabe algo de nuevo por medio de la señorita de Launay.

— ¿ Sobre qué ?

— Con respecto á alguno de nosotros. He sorprendido ciertas palabras que el gobernador y el mayor han cambiado entre sí junto á la puerta de mi cuarto, entre las cuales he podido tan sólo entender *condenado á muerte*.

Gastón se estremeció, y en seguida dijo :

— Tranquilizaos, marqués, pues según todas las probabilidades, casi puedo afirmar que se trataba de mi persona.

— ¡ Diantre ! mi querido caballero, esto no me

tranquilizaría del todo á ser cierto. En primer lugar, porque ya nos conocemos, y estando uno preso entabla en seguida una amistad íntima, lo cual contribuiría á desesperarme si por desgracia os sucediese algo. En segundo lugar, que lo que fuese de vos sería también de nosotros, atendida la semejanza de nuestros asuntos.

— ¿ Y creéis que la señorita de Launay podrá sacarnos de la incertidumbre ? preguntó Gastón.

— Indudablemente; sus ventanas dan al Arsenal.

— ¿ Y qué ?

— Desde ellas habrá visto si ha pasado hoy algo de nuevo.

— ¡ Ah ! en efecto; he aquí que llama en este momento.

La señorita de Launay había dado dos golpes en el techo, lo que equivalía á decir : « ¡ Atención ! »

Gastón respondió á la señorita con un golpe, lo que significaba : « Os escucho. »

Después de esto fué á abrir la ventana.

En seguida descendió el cordoncito con un billete atado á él.

Gastón lo desató, tomó la carta, y se dirigió al agujero por medio del cual se comunicaba con Pompadour.

— ¿ Qué hay ? preguntó el marqués.

— Una carta, respondió Gastón.

— ¿ Qué dice ?

— Lo ignoro; pero voy á trasladarla al caballero Dumesnil, que me lo dirá.

— Si, si, despachad pronto.

— ¡Pardiez! repuso Gastón, creed que tengo tanta prisa como vos.

Esto dicho, corrió á la chimenea.

— ¡ El cordón! gritó.

— ¿ Es una carta? dijo Dumesnil.

— Si: ¿ tenéis luz?

— Acabo de encenderla.

— Entonces bajad pronto el cordón.

— Ahí está.

Gastón ató la carta, que subió velozmente.

— El billete no es para mí, viene dirigido á vos, dijo Dumesnil.

— No importa, de todos modos leedlo; vos me diréis lo que contiene, pues yo carezco de luz, y se perdería tiempo en volverlo á bajar.

— Ya que me lo permitís.....

— ¡ Pardiez! murmuró Gastón:

Hubo un momento de silencio, después del cual el joven añadió:

— ¿ Y bien?

— ¡ Diablo! exclamó Dumesnil.

— ¿ Hay malas noticias?

— ¡ Diantre! juzgad vos mismo.

Y Dumesnil leyó.

— Mi apreciable vecino:

» Esta tarde han llegado al Arsenal jueces extra-

» ordinarios, y he reconocido la librea de d'Argenson. Pronto sabré lo que ocurre, pues estoy » esperando la visita del médico. »

— Haced presentes mis recuerdos á Dumesnil.

— Esto es exactamente lo que me ha dicho la Jonquiere, repuso Gastón. ¡ Jueces extraordinarios! ¡ á mi es á quien han juzgado!

— ¡ Bah! caballero, dijo Dumesnil con voz que se esforzaba en vano que apareciese serena; creo que os alarmáis demasiado pronto.

— No, no; sé muy bien á lo que debo atenderme... y á más escuchad.

— ¿ El qué?

— Oigo pasos: ¡ silencio!

Gastón se separó apresuradamente de la chimenea.

La puerta se abrió: el mayor y el teniente, escoltados por cuatro soldados, venían á buscar á Gastón.

El joven se aprovechó de la luz que traían para arreglar un poco el desorden de su traje, después de lo cual siguió en pos de la comitiva del mismo modo que lo había hecho la primera vez. Se le mandó entrar en una litera perfectamente cerrada, precaución bastante inútil, pues que á su paso todos los soldados y guardianes se volvían del lado de la muralla: esta era la consigna de la Bastilla.

El semblante de d'Argenson era ceñudo como de costumbre. El de sus *ad lateres* no lo estaba menos.

— ¡ Estoy perdido ! murmuró Gastón. ¡ Pobre Elena !

Después se enderezó con la intrepidez de un valiente, que sabe que la muerte va á venir, y levanta la frente con orgullo para arrostrarla cara á cara.

— Caballero, dijo d'Argensón, vuestro crimen ha sido examinado por el tribunal, del cual tengo el honor de ser presidente. En las sesiones precedentes se os ha concedido el permiso de defenderos. Si no se ha creído conveniente el otorgaros un abogado, no ha sido con el objeto de perjudicar vuestra defensa, sino por el contrario, porque es inútil hacer alarde delante de vos de la extremada indulgencia de un tribunal encargado de ser severo.

— No os comprendo, caballero, dijo Gastón.

— Entonces seré más explícito, repuso d'Argensón. Los debates hubieran hecho resaltar aún á la vista misma del defensor una verdad incontestable, y es, que sois conspirador y asesino. ¿ Cómo queréis que sentados estos dos puntos, se usara de indulgencia con vos ? Mas ahora estáis ya en nuestra presencia ; todo cuanto necesitéis para vuestra justificación, se os facilitará ; si pedís una moratoria, la tendréis ; si deseáis que se hagan nuevas informaciones, se harán ; por último, si queréis hablar, se os concederá la palabra y no os será retirada.

— Comprendo la benevolencia del tribunal, res-

pondió Gastón, y por ella le doy las más expresivas gracias. Además, las razones que se sirve presentar para excusar la ausencia de un defensor, del cual no tengo la menor necesidad, me parecen suficientes, á causa de no tener de qué defenderme.

— ¿ No queréis, pues, ni testigos, ni informaciones ni plazos ?

— Sólo quiero mi sentencia definitiva.

— Vamos, caballero, continuó d'Argensón, por vos mismo, no os obstinéis así, y declarad algo.

— Nada tengo que declarar, además debo hacer observar que en todos mis interrogatorios, no habéis formulado claramente la más leve acusación.

— Y vos querriais que lo hiciese ; ¿ no es esto ?

— Confieso que me causaría una satisfacción el saber de qué se me acusa.

— Pues bien, voy á deciroslo : se os acusa de haber venido á Paris, encargado por la junta republicana de Nantes, con el objeto de asesinar al regente. Á vuestra llegada os personasteis con un tal la Jonquiere, cómplice vuestro, y en el día condenado también como vos.

Gastón sintió que se conmovía, porque todas aquellas acusaciones eran verídicas ; sin embargo, repuso :

— Caballero, todo eso podría ser cierto si hubierais podido saberlo ; el hombre que quiere cometer una acción semejante, no la confiesa sino después de haberla ejecutado.

— Sí, en efecto; pero aquí sus cómplices la confiesan por él.

— Es decir, ¿ que la Jonquiere me denuncia ?

— ¡ La Jonquiere ! no se trata de la Jonquiere, sino de otros acusados.

— ¡ De otros acusados ! exclamó Gastón ; ¡ pues qué ! ¿ hay algunas otras personas presas además del capitán la Jonquiere y yo ?

— Cabalmente; lo están los señores de Pontcalec, Talhoüet, Montlouis y de Couëdic.

— No os comprendo, dijo Gastón con un vago y profundo sentimiento de terror, no por su persona sino por las de sus amigos.

— ¡ Cómo ! ¿ no comprendéis que los señores de Pontcalec, Talhoüet Montlouis y de Couëdic han sido presos, y que en este momento acaban de formarles su proceso en Nantes ?

— ¡ Ellos presos ! exclamó de nuevo Gastón ; ¡ es imposible !

— ¡ Ah ! se os hace difícil el creerlo, ¿ no es verdad ? dijo d'Argensón. Pensabais que la provincia se levantaría en peso antes que dejar prender á sus defensores, según vosotros los rebeldes os llamáis. Pues bien, la provincia no ha dicho nada; la provincia ha continuado riendo, cantando y bailando. El tribunal contituido allí remite el proceso terminado, y los ciudadanos de Nantes tratan de inquirir en qué sitio serán decapitados, á fin de alquilar los balcones y ventanas.

— No puedo dar asenso á vuestras palabras, caballero, dijo friamente Gastón.

— Dadme esa cartera, dijo d'Argensón, dirigiéndose á una especie de escribano que se hallaba de pie á sus espaldas.

— Tomad, caballero, continuó el presidente sacando sucesivamente muchos papeles de la cartera; aquí tenéis los autos de prisión, acompañados de los procesos verbales. ¿ Podréis dudar de estos documentos auténticos ?

— Ninguno de ellos dice, caballero, que mis amigos me hayan acusado.

— Dicen todo lo que nosotros queríamos saber; resultando claramente de sus interrogatorios vuestra culpabilidad.

— En tal caso, si ellos dicen todo lo que deseabais saber, ¿ para qué necesitáis mis declaraciones ?

— Caballero, ¿ es esta vuestra respuesta definitiva ?

— Sí, señor.

— Secretario, leed.

El escribano se caló los anteojos, desdobló un papel y con voz gangosa y en el mismo tono que hubiera podido leer una mera citación, dijo lo siguiente :

« Visto lo que resulta de la instrucción empezada » el 19 de febrero, que el caballero Gastón Eloy de » Chanlay ha venido de Nantes á París con la inten- » ción de perpetrar el delito de homicidio en la

» persona de su alteza real, monseñor el regente de
 » Francia, á cuyo crimen debía seguir la rebelión
 » contra la autoridad del rey, la comisión extraor-
 » dinaria establecida para conocer de tales delitos
 » ha juzgado al expresado caballero de Chanlay
 » digno del castigo reservado á los culpables de
 » alta traición y de lesa majestad, por haber tra-
 » tado de atacar á monseñor el regente, siendo
 » inviolable como persona real.

» En su consecuencia :

» Ordenamos que el caballero Gastón Eloy de
 » Chanlay sea ante todo degradado de sus títulos y
 » dignidades; declarados ignobles para siempre él
 » y todos sus descendientes; confiscados sus bie-
 » nes; sus bosques de alto arbolado, talados á la
 » elevación de seis pies; y por último, que el reo
 » sea decapitado á petición de los fiscales del rey,
 » ya en la plaza de Greve, ya en el sitio que tenga
 » por conveniente señalar el caballero gran pre-
 » boste, salvo el perdón de S. M. »

Gastón escuchó la lectura de su sentencia de muerte con la palidez, más también con la inmovilidad de una estatua de mármol.

— ¿Y cuándo tendrá lugar la ejecución? preguntó.

— Tan pronto como se digne disponerlo S. M., respondió el presidente.

Gastón experimentó entonces una fuerte contracción en las sienes; una nube sangrienta pasó por

sus ojos; sintió que sus ideas se confundían, y permaneció silencioso por no decir algo que fuese indigno de él. Mas si la impresión que recibió fué viva, no fué también menos rápida: poco á poco reapareció la serenidad en su frente; la sangre volvió á colorear sus mejillas, y una especie de sonrisa desdeñosa se deslizó por sus labios.

— Está bien, caballero, dijo; á cualquier hora que venga la orden de S. M., me hallará dispuesto. Únicamente desearía saber, si antes de morir se me permitirá ver algunas personas que me son en extremo queridas, é igualmente pedir al rey un favor.

Los ojos de d'Argensón echaron chispas de maligna alegría.

— Caballero, le dijo, ya os he prevenido que se os trataría con indulgencia; podéis pues decirme todo cuanto queráis, teniendo entendido que la voluntad de S. M. no dejará que sea aventajada por una súplica.

— Caballero, os engañáis, dijo Gastón con dignidad; yo no quiero pedir á S. M. sino un favor, con el cual no se menoscabará en lo más mínimo ni mi gloria ni la suya.

— ¿Os atrevéis á posponer la gloria del rey á la vuestra, caballero? dijo un relator con un tono que demostraba toda la sutileza propia de un curial.

— Caballero, respondió Gastón, voy á morir;

por consiguiente, mi gloria empezará más pronto que la de S. M.

— ¿Qué pedis, pues? dijo d'Argensón; hablad, y os diré en seguida si la petición es ó no de derecho.

— Pido en primer lugar, por lo tocante á mis títulos y dignidades, que son pocas, que no sean extinguidas y alteradas, porque no tengo descendientes; mi apellido muere en mí, y es lo único que debe sobrevivirme; y como tan sólo es noble y no ilustre, no me sobrevivirá mucho tiempo.

— Caballero, esta es una gracia peculiar de la prerrogativa real: solo S. M. puede concederla, y creo que así lo hará. ¿Era eso todo lo que deseabais?

— No, caballero; deseo aún otra cosa, pero ignoro á quién debo dirigir la petición.

— Á mí primeramente; después, en mi calidad de jefe de la policía, veré si puedo tomar bajo mi responsabilidad el otorgaros semejante gracia, ó si es preciso dirigirse á S. M.

— Pues bien, caballero, pido que se me conceda el ver á la señorita Elena de Chaverny, pupila de su excelencia el señor duque de Olivares, y también á éste mismo.

Á semejante demanda, d'Argensón hizo un gesto singular, que el caballero interpretó por vacilación.

— Caballero, se apresuró á añadir Gastón, ¿los

veré en el sitio y por el tiempo que se quiera?

— Bueno, los veréis, dijo d'Argensón.

— ¡Ah! ¡caballero! exclamó Gastón, dando un paso hacia adelante como para cogerle la mano, ¡me colmáis de alegría!

— Sin embargo, ha de ser con una condición.

— ¿Cuál? decid; no hay ninguna, mientras sea compatible con mi honor, que no acepte en cambio de un favor tan grande.

— Jurad, pues, por vuestra palabra de caballero, que no hablaréis á nadie de vuestra sentencia.

— Lo juro con tanto más gusto, caballero, respondió Gastón, cuanto que si una de las dos personas lo llegase á saber, moriría infaliblemente.

— Entonces todo va como deseamos. ¿No tenéis nada más que decirme?

— Únicamente quisiera que manifestaseis que nada he dicho.

— Vuestras negativas constan en el proceso. Señor secretario, entregad los autos el acusado; que se entere de ellos, y que los firme.

Gastón se sentó delante de una mesa, y mientras que d'Argensón y los jueces agrupados á su alrededor conversaban entre sí, leyó atentamente todas las piezas del proceso, y repasó las respuestas que había dado en los interrogatorios, las cuales habiéndolas hallado conformes, las firmó.

— Caballero, dijo, aquí tenéis los autos en debida forma. ¿Tendré el honor de volveros á ver?

— No lo creo, respondió d'Argensón con esa brutalidad peculiar en él, y que era el espanto de todo reo y acusado.

— Entonces, hasta que nos veamos en el otro mundo, caballero.

D'Argensón saludó é hizo la señal de la cruz, según la costumbre de los jueces que se despiden del que acaban de condenar á muerte.

XXVIII.

El odio de familia

Habiendo Gastón entrado de nuevo en su cuarto, se vió precisado á responder á Dumesnil y Pompadour, los cuales estaban aguardándole con impaciencia. Según la promesa que había hecho á d'Argensón, no dijo una sola palabra de la sentencia que lo condenaba á muerte, y únicamente les anunció que había tenido lugar un interrogatorio más grave que los anteriores. Pero como quería antes de morir escribir algunas cartas, pidió la luz al caballero Dumesnil. En cuanto al papel y lápiz, ya lo había obtenido del gobernador, según recordarán los lectores.

Esta vez Dumesnil le mandó una bujía; por lo tanto se ve que cada cosa iba progresando. Maisón-Rouge no sabía rehusar nada á la señorita de Launay; y ésta lo partía todo con su caballero, que como buen compañero de prisión, dividía sus riquezas entre sus vecinos Gastón y Richelieu.

Gastón, á pesar de lo que d'Argensón le había prometido, dudaba siempre que se le permitiese